

## ESPAÑA EN LA ARGENTINA. UNA REFLEXIÓN SOBRE PATRIOTISMO ESPAÑOL EN EL TRÁNSITO DEL SIGLO XIX AL XX

Ángel Duarte \*

### *Resumen*

El presente artículo se propone un estudio sobre el patriotismo español en el Río de la Plata a fines del siglo XIX y principios del XX, explorando la patria como narración y la nación como símbolo que activa la movilización política. Esto como resultado de la evocación que emigrantes españoles hacían de España al otro lado del Atlántico, donde elaboraron un proceso narrativo de identidad colectiva, el nacionalismo, que tenía dos destinatarios: la comunidad de exiliados, o de emigrantes, y la sociedad receptora.

### *Abstract*

This paper deals with Spanish patriotism in Río de la Plata at the end of the XIX century and the beginning of XX century, exploring the Patria as a narration and the Nación as a symbol that activates politic mobilisation, as a result of the evocation that Spanish emigrants did of Spain by the other side of the Atlantic Sea, where they elaborated a narrative process of collective identity, nationalism, that had two addressees: the community of exiled people and the receiving society.

*Palabras clave:* patriotismo, emigración española, identidad

### **La nación y los intelectuales**

Uno de los pocos consensos amplios que la historiografía reciente ha conseguido establecer, trascendiendo además los ámbitos académicos hasta lograr incidir en las opiniones públicas, gira alrededor de la afirmación que los símbolos y los mitos han servi-

---

\* Facultad de Letras, Universitat de Girona, Barcelona. Correo-e: aduarte@udg.es

do, muy a menudo, para cohesionar políticamente a grupos humanos que, compartiendo un idioma, una historia, unas formas sociales, unos espacios y una manera de ser determinada, han acabado siendo imaginados como naciones<sup>1</sup>. Cuenta con similar beneplácito, pues en realidad es la otra cara de la misma moneda, la idea de que los nacionalismos han hecho uso de relatos fundacionales contruidos con materiales simbólicos a fin de hacer creíble la nación. Finalmente, se suele admitir, como corolario de lo anterior, que los eruditos, los poetas, los artistas y, en general, aquellos a quienes englobamos convencionalmente bajo la categoría de intelectuales se han encargado de cultivar ese repertorio de imágenes y sagas, esas narraciones que han acabado por dar a las naciones, sean éstas lo que sean, la textura de lo incontestable.

Existe, es cierto, otra línea de interpretación que, asumiendo como no podía ser de otra manera que el nacionalismo es un fenómeno rigurosamente contemporáneo, advierte que algunas identidades nacionales son algo más complicado que meras invenciones. Habría, según estos otros autores, naciones longevas, complejos de ideas forjados a lo largo de los siglos alrededor de un territorio, de una memoria más o menos compartida y de una gente, la que constituye la nación en el sentido primigenio del término<sup>2</sup>. En cualquier caso, esta perspectiva analítica convergería con la primera cuando constata que esas naciones tradicionales, viejas, salieron radicalmente modificadas tras el matrimonio con los intelectuales y los movimientos nacionalistas del último cuarto del siglo XIX.

Los tratos entre mitos, grupos humanos y nación moderna no han sido unidireccionales. Cada nación, sea grande o pequeña, con Estado o sin él, excluyente o complementaria con otras, entendida a la manera liberal-revolucionaria o asimilada a un concepto orgánico-historicista, lleva adherida, desde el momento inicial en que es pensada como tal, la ocupación de asegurar, a amplios o reducidos colectivos humanos, unos límites y unas metas que les orienten en su vida de relación social. Y ello no siempre mediante mecanismos de cálculo racional o de poder. La fuerte carga emotiva que aparece asociada, en la mayoría de las circunstancias históricas, a la nación y a la patria convierte a éstas en nuevas y más complejas quimeras, en mitos a los que se recurre para hacer posible la acción colectiva y la construcción de un nuevo sujeto colectivo<sup>3</sup>.

Lo que viene seguidamente es, pues, una reflexión sobre la patria como narración que reconforta y sobre la nación como símbolo que activa la movilización política. Se trata de un género que abunda, y en los últimos tiempos, y en España, quizás hasta el

<sup>1</sup> Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres, Verso, 1991 (2ª ed.). E.J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780. Programme, myth, reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983. Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*. Oxford, B. Blackwell, 1983. Pierre Nora (ed.), *Les lieux de memoire. II. La Nation*, París, Gallimard, 1986.

<sup>2</sup> Pierre Vilar, "Patria i nació en el vocabulario de la Guerra contra Napoleón", en *Assaigs sobre la Catalunya del segle XVIII*, Barcelona, Curial, 1973. Anthony Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell, 1986.

<sup>3</sup> José Álvarez Junco, "El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras", en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 35-67.

exceso<sup>4</sup>. Acaso el rasgo original de la aproximación que aquí ensayamos radique en el hecho que, además, quiere ser una mirada sobre la evocación que de España se hacía lejos de la península ibérica, en el otro lado del océano Atlántico, en medio de unas colectividades de emigrantes instaladas en la región del Río de la Plata en los años que se sitúan a caballo de los siglos XIX y XX.

Hacer este esfuerzo creo que puede aportar nuevas luces al estudio del nacionalismo. Las identidades, en tanto que constructos culturales, suelen relacionarse con ciertas maneras de entender el pasado, pero también lo hacen con lugares específicos; no solo conciernen a una historia sino también a una geografía. ¿Qué ocurre cuando el paisaje, el lugar y el territorio que se asocia a la propia identidad se encuentra a miles de kilómetros del lugar donde se vive? ¿Qué pasa cuándo además, no se quiere, o no se puede, renunciar a la identidad inicial en favor de una nueva? El antropólogo catalán Oriol Pi-Sunyer i Cuberta facilitaba no hace mucho, con motivo de un ciclo de conferencias destinado a reflexionar sobre las rupturas del año 1939, lo que a mi entender puede ser una primera respuesta. Rememorando sus años de infancia y primera juventud en Londres, Pi-Sunyer comentaba hasta qué punto le resultaba impresionante el tiempo que los exiliados, o los emigrados que tenían una perspectiva mediata de retorno, dedicaban a construir y a difundir mensajes culturales y morales. Gracias a los recuerdos, a la lengua, al intercambio o consulta de las fotos de grupos de personas o de paisajes dejados atrás, a la cocina, a los documentos o a los libros, estos colectivos humanos elaboraban un proceso narrativo que tenía dos destinatarios. Por un lado, la comunidad de exiliados, o de emigrantes. Por el otro, la sociedad receptora a la cual se consideraba conveniente hacerle saber, y convencerla, de las virtudes del pueblo al que habían dado acogida<sup>5</sup>.

Pi-Sunyer construía la reflexión teórica a partir de su propia experiencia, de aquello que le había tocado vivir como hijo del exilio republicano. Quiero decir que en su intervención situaba la lente de aumento sobre la que sin duda deberíamos considerar como la tipología más dura de exilio. De todos los extrañamientos colectivos que han tenido lugar en la España contemporánea, el de 1939 fue el que significó un corte más radical con el punto de partida. En rigor, las migraciones previas y las que tendrían lugar posteriormente, y entre las primeras incluso aquellas que tuvieron motivaciones políticas, nunca comportaron unos efectos temporales tan duraderos ni abrieron ante los protagonistas de las mismas unos abismos psicológicos tan radicales. Tal vez por ello convenga advertir que la narración ensayada desde la Argentina en torno a 1898, de la que nos ocupamos en la segunda parte de este trabajo y en la que los mitos y los símbolos

<sup>4</sup> De entre el cúmulo de trabajos recientes podrían destacarse, Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997; Javier Varela, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999; Jon Juaristi, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987; Joan-Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Empúries, 1995; Anna Maria García Rovira (ed.), *España, ¿nación de naciones?*, Ayer 35\*, Madrid, Marcial Pons, 1999; y Andrés de Blas (dir.), *Enciclopedia del Nacionalismo*, Madrid, Tecnos, 1997. Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen: símbolos, mitos, nación*, Madrid, Taurus, 1999.

<sup>5</sup> O. Pi-Sunyer, *Els exilis de 1939. Passar fronteres, reconstruir vides*, en *Les ruptures de l'any 1939*. Edición de Manel Risques, Francesc Vilanova y Ricard Vinyes. Fund. Carles Pi i Sunyer - Publi. Abadía de Montserrat, 2000, pp. 9-33.

tuvieron un peso tan determinante, tenía un tercer destinatario: a la comunidad de expatriados y a la patria de adopción se añadía la nación de origen, España.

## Reconstruyendo la patria española en la emigración

Alejarse de España sin salir de ella, es decir, estudiándola a través de una parte de la misma trasplantada a la Argentina, me parece una vía idónea a fin de escapar a los términos artificiosos que hipotecan, hasta amenazar con esterilizarlo, el debate sobre nación y nacionalismos. Los nacionalistas, aquellos que recurren a mitos y linajes para definirse y vivir en sociedad, siempre suelen ser los otros. En Buenos Aires o en Rosario hay pocas dudas sobre el nacimiento paralelo e interactivo de los diversos nacionalismos —el español, el catalán, el vasco, el gallego— en el interior de la colectividad. De hecho, al hablar de colectividad española estamos haciendo referencia a un grupo humano perfectamente definible en sus contornos exteriores, tanto para ellos mismos como para quienes, argentinos, italianos o dinamarqueses, así los catalogaban. Pero al mismo tiempo se trataba de un grupo formado, en proporción variable, por subgrupos de gallegos y catalanes, asturianos y castellanos, vascos y andaluces... todos ellos tan espléndidamente circunscritos a los ojos de sus coetáneos por unos rasgos diferenciales como el conjunto amplio que los englobaba. Para remarcar las semejanzas, y junto a las peculiaridades lingüísticas aparecían los rasgos relacionales —con el corolario inevitable de las diversas estrategias familiares migratorias—, los gastronómicos e incluso los caracteriológicos. Xosé M. Núñez Seixas, en su estudio de las imágenes sociales de los migrantes gallegos en Argentina, ha exhumado el trabajo del escritor José Pío Sagastume, *La inmigración. Su influencia en el país*, publicado en La Plata en 1916. En dicho texto, Sagastume, tras apuntar a la complejidad de la imagen de los gallegos —mientras que la mayoría de ellos, ocupados en el servicio doméstico, son discretos y honrados, aunque poco dúctiles y algo zotes, existen otros compatriotas presentados como ilustrados, doctos, inteligentes y capaces de abrirse camino en las más competitivas de las profesiones— recuerda que los vascos son honestos, trabajadores y generosos; los catalanes tenaces, laboriosos y emprendedores; los aragoneses, adustos, comparten con estos últimos la valoración positiva; y los andaluces, en fin, son, de acuerdo con los tópicos más redundantes, alegres, simpáticos, superficiales y poco amigos del trabajo<sup>6</sup>.

Impulso interior y aceptación de la mirada de los demás contribuyeron a codificar y a conceder relevancia a estos estereotipos regionales. Es sabido que el análisis de otras comunidades de inmigrantes ha permitido detectar procesos similares entre los individuos procedentes de otros países de Europa. Se trataba del mismo género de tipologías que, arrancando del pasado, tenían una gran capacidad para resistir a la erosión del tiempo y podían ser activadas como argumentos políticos en coyunturas críticas. Hasta

---

<sup>6</sup> J. P. Sagastume, *La inmigración. Su influencia en el país*, La Plata, s.ed., 1916. Citado por Xosé M. Núñez Seixas, "Algunas notas sobre la imagen social de los inmigrantes gallegos en la Argentina (1860-1940)", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 14, n° 42, 1999, pp. 67-109. Del mismo autor, "Colón y Farabutti: discursos hegemónicos de la élite gallega de Buenos Aires (1880-1930)", en X. M. Núñez Seixas (ed.), *La Galicia Austral. La inmigración gallega en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2001, pp.219-249. José C. Moya, *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, Berkeley, University of California Press, 1998, pp. 232 y ss.

que esto no ocurría, y a veces incluso cuando esta politización tenía lugar, estas identidades fueron perfectamente compatibles; dato que también saltaba a la vista de quienes, extranjeros, compartían con ellos la experiencia de la movilidad masiva. Cabe suponer que, aunque de manera mucho más excepcional que lo que acaecía en el seno de las corrientes migratorias italianas, algunos de esos españoles que partían de la península o de las Baleares o Canarias, al embarcarse en el puerto de salida, se sentirían tan sólo partícipes de una identidad aldeana. No obstante, por los testimonios de que disponemos puede asegurarse que, en la mayor parte de los casos, los españoles poseían ya una elaboración más sofisticada y asentada, aunque no exenta de complejidades, de su condición. Una condición afirmada, de hecho, a lo largo de siglos. Al margen del grado de eficacia nacionalizadora del Estado liberal<sup>7</sup>, los emigrantes se sabían españoles.

En cualquier caso, tanto para aquellos que no tenían dudas respecto de su pertenencia común a España como para aquellos otros en quienes lo relevante era su afinidad parroquial, la formidable experiencia de la emigración resultaba, en términos identitarios, resolutive. El viaje por tierra hasta los puertos de embarque y, sobre todo, la travesía a través del Océano permitía a los emigrantes agruparse con aquellos que formaban parte de su universo territorial, y en algunos casos de su espacio lingüístico. En los nuevos paisajes urbanos y rurales del Rfo de la Plata la solidaridad para hacer frente a los avatares de la fortuna podía buscarse tanto en las asociaciones españolas de socorros mutuos o de beneficencia como en los montepíos de adscripción regional, mientras que la complicitad en la nostalgia remitía preferentemente, como mínimo hasta 1898, a las sociedades de matriz parroquial, comarcal y regional aunque sin excluir la posibilidad de los clubes españoles. La lengua o los sabores de la tierra de origen se preservaban con mayor intensidad en esos centros y casinos que nacían bajo la advocación de una toponimia más restrictiva<sup>8</sup>. Tanto esos clubes y centros como las redacciones periodísticas que alumbraron, permitieron la visualización de una dirigencia con pruritos intelectuales dispuesta a facilitar toda suerte de materiales literarios.

Es evidente que de lo que aquí se trata, primordialmente, es de identidades de base territorial. Identidades que tuvieron una naturaleza concéntrica. Sobre el barrio, la localidad, la comarca, el país, la región o la nación, la nación o el Estado, e incluso la Humanidad en el caso de gentes tan dispares como los internacionalistas, los anarquistas o los

<sup>7</sup> El de la débil nacionalización en la España liberal del siglo XIX ha sido un debate recurrente en la historiografía española de la década de 1990. Pueden recordarse, como punto de partida, los argumentos vertidos por sendos, y contrapuestos, artículos de Borja de Riquer y Juan Pablo Fusi que aparecieron en **Historia Social** n° 7, Valencia, UNED, 1990: "Sobre el lugar de los nacionalismos-regionalismos en la historia contemporánea española", pp. 105-126; y "Revisionismo crítico e Historia Nacionalista (A propósito de un artículo de Borja de Riquer)", pp. 127-134. Aunque han sido muchas las voces historiográficas que se han sumado al debate, éste ha ido adquiriendo una cierta circularidad. Ambos historiadores han retomado recientemente la problemática con ánimos parecidos. Véase, B. de Riquer, **Identitats Contemporànies: Catalunya i Espanya**, Vic, Eumo, 2000; y J. P. Fusi, **España. La evolución de la identidad nacional**, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

<sup>8</sup> Una visión sintética del asociacionismo español en Moisés Llordén, "Las asociaciones españolas de emigrantes", en M.C. Morales Saro y M. Llordén Miñambres (eds.), **Arte, cultura y sociedad en la emigración española a América**, Universidad de Oviedo, Servicio de Publicaciones, 1992, pp. 9-55. Conviene recordar a José C. Moya al advertir que "After finding a place and a way to live, the next step in the immigrants' adaptation was to re-create secondary social networks. One of the ways they went about that was to establish and join a plethora of voluntary associations, en Cousins and Strangers", p. 277.

cosmopolitas, se proyectaban las emociones gregarias de los emigrantes. Y, como escribíamos unas líneas antes, esas distintas proyecciones no eran, en sus manifestaciones más habituales y menos extremas –o si el lector lo prefiere ¿por qué no? menos nacionalistas–, en absoluto excluyentes entre sí. En realidad el carácter concéntrico, compatible en grado diverso, e incluso muchas veces acumulativo de tales identidades territoriales apunta a la existencia, en este orden de cosas, de unos mecanismos y procesos sociales de base personal así como de naturaleza compleja y, aunque ello pueda no gustar a losregoneros de la claridad étnica, de índole equívoca y ambigua. Una ambigüedad que ayuda a entender la pluralidad de estrategias que determinadas comunidades culturales, en las que una parte significativa de sus componentes se ven a ellos mismos como miembros de un sujeto de soberanía política diferenciada, articulan a lo largo del tiempo ya sea con características secuenciales o coetáneas<sup>9</sup>.

Veamos un ejemplo. En los primeros momentos del siglo XX una franja de la comunidad de catalanes radicados en diversas ciudades argentinas se dotaron de nuevos espacios de sociabilidad, y en el interior de sus salones ensayaron, en convivencia aparentemente poco conflictiva, el discurso nacionalista catalán, el catalanismo regionalista y el españolismo. Todo ello en relación a, como mínimo, tres cuestiones en liza: la definición y la competencia de los liderazgos y las dirigencias internas, la cohesión y definición del grupo de pertenencia y, finalmente, la relación con el resto de migrantes españoles, con las instituciones representativas del Estado español y con las autoridades gubernativas argentinas. En otras palabras, impulsar la codificación de una identidad catalana, presentada en mayor o menor grado como una variante o como algo sustancialmente distinto de lo español, sirvió para deslindar campos en el interior de los espacios asociativos de la colectividad catalana, para construir y dismantelar nuevos y viejos grupos dirigentes, para reformular las relaciones con el resto de españoles ubicados en Argentina, para establecer jerarquías internas alternativas a las derivadas del estricto éxito económico-social. Para los catalanes, como para las restantes comunidades españolas, el adoptar este género de estrategias no respondía únicamente a razones endógenas. El universo migratorio no era un mundo cerrado. La noticia de las vicisitudes que tenían lugar en España, muy habitual en la prensa argentina, incluyendo el periodismo gráfico de amplia difusión del tipo *Caras y caretas*, *Monos y monadas* o *Fray Mocho* modificaba el recuerdo y la identidad, o como mínimo su utilidad en un contexto de movilización política y social.

La reconstrucción lejos del hogar paterno de la autoridad moral que se halla en el corazón de la nación afecta o incide en las dinámicas de la colectividad de emigrantes. El patriotismo los cohesiona y les sitúa en disposición de actuar como grupo. Ello es particularmente cierto cuando, como sucede a menudo, la patria o la nación se entienden como una genuina comunión. Todo nacionalismo, recordaba en un texto reciente Eduardo Manzano, es una afirmación política destinada a dar respuesta al problema de la

<sup>9</sup> Para esta problemática identitaria, y las lógicas de complementariedad, pueden verse las aportaciones de Dedier Norberto Marquiegui “¿Españoles, gallegos o castellanos? La nacionalidad: ¿una identidad inventada?” y William Douglass y Gloria Totoricaguena “Identidades complementarias. La sociabilidad y la identidad vascas en la Argentina entre el pasado y el presente”, en Alejandro E. Fernández y José C. Moya (edits.), *La inmigración española en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 235-255 y 257-271.

identidad colectiva<sup>10</sup>. En la Argentina de los años 1890, la identidad colectiva de los españoles afrontaba retos complejos, y las élites sociales que encabezaban los espacios de relación formal e informal que los agrupaban, eran conscientes de ellos, y de su especial relevancia. La derrota en Cuba no suponía un argumento en favor de lo descolante y moderno que era ser español. Ya en plena contienda colonial, España, o para ser más preciso los intelectuales españoles, tuvieron que repensar su futuro, empezando por preguntarse si lo tenían<sup>11</sup>. La derrota, además, haría que la estructuración de base local y regional que había adoptado la sociabilidad española en la emigración adquiriera nuevos e inquietantes matices. Lo catalán, lo vasco o lo gallego podían ahora, y no antes, presentarse como alternativos a lo español.

La crisis colonial tenía lugar, finalmente, mientras el espectacular aumento de la emigración procedente de España ponía a prueba la cohesión de la colectividad. Ésta, a través de sus instituciones y liderazgos sociales e intelectuales, se planteaba cómo hacer frente a la ardua labor de proteger la cohesión étnica en una sociedad con relación a la cual el idioma, las fisonomías, la religión y tantos otros aspectos del sustrato cultural eran compartidos. A los próceres de la comunidad de españoles les inquietaba que el entramado asociativo que encabezaban perdiera capacidad de atracción sobre los descendientes argentinos de las primeras hornadas de emigrantes y que no mostrase un grado de eficacia suficiente para atraer a su seno a aquellos que habían llegado más recientemente<sup>12</sup>.

Las similitudes culturales facilitaban, como mínimo a los ojos de los italianos y siempre en términos comparativos, el éxito de los españoles en actividades como el periodismo, la educación o el sector del libro<sup>13</sup>. Ocupaciones, todas ellas y dicho entre paréntesis, de neto perfil intelectual. Pero esa accesibilidad podía convertirse en una fatalidad. Lo español tenía, por razones lingüísticas y culturales evidentes, un gran riesgo de diluirse en lo argentino. En ese contexto, para una parte significativa de la colonia española había llegado el momento de asegurar su supervivencia reforzando *la prédica de prescindencia en los asuntos políticos locales* y planteándose, alternativamente, la colaboración activa en la regeneración de España. Para esos personajes seguir en silencio, o constreñidos a la esfera privada, equivalía a mantener el aislamiento con la patria,

<sup>10</sup> Eduardo Manzano Moreno, *La construcción histórica del pasado nacional*, en Juan Sisinio Pérez Garzón, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 33-62.

<sup>11</sup> La distancia entre la excitación intelectual y el adormecimiento de los políticos y la sociedad, ya fue remarcada en su momento por Rafael Altamira en su *Psicología del pueblo español*, de 1902, y más tarde retomada por Vicente Cacho Viu en *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997. Hay una abundante bibliografía a propósito de las ansiedades nacionales que provocó, o hizo visibles, la guerra de Cuba. Entre los trabajos más recientes conviene retener los de Manuel Pérez Ledesma, Carlos Serrano y José Álvarez Junco que forman parte del volumen coordinado por Juan Pan-Montojo, *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998.

<sup>12</sup> Alejandro E. Fernández, "El mutualismo español en un barrio de Buenos Aires: San José de Flores (1890-1900)", *Estudios Migratorios Latinoamericanos* n° 13, 1989, p. 641. Para el volumen de la inmigración española, y su ubicación, S. Palazón, *Los españoles en América Latina (1850-1990)*, Madrid, CEDEAL, 1995, pp. 33-39. Tras la caída de las tasas de emigración en los años noventa, entre 1901 y 1910 la emigración española creció, en su conjunto, el 15,7%, muy por encima de la italiana o la portuguesa. Mayoritariamente, en un 34,25%, esa emigración se dirigió a Argentina; Blanca Sánchez Alonso, *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 135-142.

<sup>13</sup> Citado por Jose C. Mora, *Cousins and Strangers*, p. 222.

convencidos *que estaba bien que hubiésemos emigrado, pero que estamos quietos como hasta ahora, representaba una segunda emigración peor que la otra*<sup>14</sup>.

¿A qué venía tanto interés por despabilar al asociacionismo español? ¿Cómo es que para conseguirlo, las élites socioeconómicas y los cuadros intelectuales se mostraron dispuestos a contravenir el tabú que siempre habían tenido presente, el de la politización de la colectividad? La respuesta no parece ser complicada<sup>15</sup>. A fin de cuentas, lo español era lo que a los cuadros dirigentes de la colectividad, en especial a los periodistas y a los abogados que asumieron la función de paladines de la españolidad —o, alternativamente de la catalanidad, o la etnicidad vasca, o...—, les convertía en autoridades de algo. Jugar la carta de la activación política de los rasgos identitarios, ya fuesen, españoles, catalanes, vascos o gallegos, podía ser muy interesante en las dinámicas de renovación de las dirigencias. La creación de nuevas sociedades étnicas, o la aparición de flamantes juntas directivas capaces de estimular la participación de una alicaída masa social, cumplía esta función.

Ahora bien, como sugería unas líneas más arriba, reconstruir políticamente la patria en el exterior podía ser útil para alcanzar un último objetivo. El reconocimiento social en el punto de partida era un propósito consciente en buena parte de las élites étnicas. El éxito alcanzado en el exterior, el capital acumulado en América, tanto económico como simbólico, se proyectaba sobre el pueblo, la ciudad o la comarca de la que se partió años atrás. El mecenazgo, la reintegración por arriba o la ostentación de la autonomía moral frente a las jerarquías tradicionales podían ser modalidades contrapuestas, o complementarias llegado el caso, mediante las que visualizar la nueva reputación. En relación con todas estas alternativas se debe tener presente que el liderazgo social, y político, de la comunidad de emigrantes, formaba parte de ese capital simbólico reunido en el exterior; y que, no en menor medida había contribuido decididamente a formar al emigrante retornado en técnicas de liderazgo político y de intervención colectiva que puede pensar en aplicar a su regreso en la sociedad de partida<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Hilda Sabato y Ema Cibotti, "Inmigrantes y política: un problema pendiente", *Estudios Migratorios Latinoamericanos* n° 4, 1986, p. 480. La segunda emigración en Carlos Malagarriga, *Prosa muerta. Herbario de artículos políticos. Propaganda republicana-Solidaridad con algunos más literarios*, Buenos Aires, La Facultad Juan Roldán, 1908, p. 82.

<sup>15</sup> En el bien entendido que aquí se entiende politizar en el sentido de activar componentes ideológicos que por presentarse como partidarios comportan inevitablemente la fractura de la comunidad de emigrantes. Es decir, se excluiría del anatema toda suerte de peticiones a las autoridades, o de creación de coaliciones en el interior de la colectividad, con otros grupos nacionales o con ciudadanos argentinos, a fin de alcanzar determinados objetivos. Así mismo, se plantearía un matiz importante con los reclamos en favor del voto municipal de los inmigrantes. En las elecciones locales, se dirá, no está en juego ni la soberanía argentina ni, en sentido estricto, grandes principios ideológicos. La participación en la elección de los gestores municipales es, en la inmensa mayoría de los casos, presentada desde una lógica administrativista. Para las modalidades de intervención política de los españoles es imprescindible el trabajo de Eduardo J. Míguez, "Política, participación y poder. Los inmigrantes en las tierras nuevas de la Provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", *Estudios Migratorios Latinoamericanos* n° 6-7, 1987, pp. 337-378.

<sup>16</sup> Véase, para el caso gallego Xosé M. Núñez Seixas, *Emigrantes, caciques e indianos*, Vigo, Xerais, 1998; y, del mismo autor, "Révolutionnaires et conformistes. L'influence sociopolitique de l'émigration américaine de retour en Galice, 1900-1936", en Rose Duroux et Alain Montandon (études rassemblées par...), *L'émigration: le retour*, Clermont-Ferrand, Cahiers de recherches du CRLMC - Université Blaise Pascal, 1999, pp. 93-114.

Sería con todo demasiado simple pensar que ese restablecer los nexos con España tenía siempre una razón instrumental, un asegurarse el retorno triunfal. Buena parte de los individuos que asumían el liderazgo efectivo de las sociedades o la dirección de los periódicos españoles eran personajes cultos a los que pudiéramos etiquetar sin demasiados problemas como una suerte de intelectuales orgánicos de la emigración. Eran, por ello mismo, lectores más o menos ávidos, más o menos circunstanciales, de la producción historiográfica liberal y nacionalista que se había escrito en las décadas centrales del siglo XIX. El resultado de esa formación era que sabían que la historia *instila en los miembros de la comunidad la idea de un destino heredado, compartido y aún por culminar*; algunos de ellos incluso habían leído en Renan que los ancestros les habían hecho lo que eran<sup>17</sup>. La emigración había roto esos vínculos. La prédica nacionalista, la colaboración con los gastos militares durante la guerra de Cuba, la adscripción a alguna de las variantes del regeneracionismo y del hispanoamericanismo, eran, en el fondo, una manera de hilvanar de nuevo la trama que les hacía partícipes de una patria.

### Un nacionalismo bélico

A raíz de la insurrección cubana de 1895, y del conflicto que se prolongó en los años sucesivos, se creó en Argentina la Asociación Patriótica Española<sup>18</sup>. La entidad, que consiguió articular a su alrededor al conjunto de los espacios de sociabilidad formal española, impulsó muy significativas movilizaciones de la comunidad española, en especial en el momento del enfrentamiento abierto con los Estados Unidos. Dichas actuaciones colectivas habían dado lugar a una primera codificación de los rasgos identitarios propios de lo español. Periodistas y oradores forjaron, con la aquiescencia de las élites regionales y nacionales, un auténtico nacionalismo de guerra.

En apretada síntesis podría decirse que, entre 1895 y 1898, la identidad que se potenció por parte de los publicistas españoles contemplaba, en primer lugar, la afirmación solemne del aislamiento. De la soledad de España en la comunidad internacional y, contra toda evidencia, el desamparo emocional de los españoles en el seno de la sociedad argentina. De hecho, uno de los argumentos justificatorios para proceder a la creación de la Asociación Patriótica Española fue el de confrontar una voz genuinamente española a la supuesta indiferencia, ambigüedad o, incluso, filoyanquismo de ciertas cabeceras periodísticas argentinas<sup>19</sup>. El estudio de los posicionamientos argentinos durante la guerra muestra una presencia nada desdeñable de matices, y un caudal tal de

<sup>17</sup> E. Manzano, *La construcción histórica del pasado nacional*, p. 35. Véase la cita de Ernest Renan en *Ibid.*, p. 240 n. 3; corresponde a *Qu'est-ce que qu'une nation?*, París, 1884.

<sup>18</sup> Alejandro E. Fernández, "Patria y Cultura. Aspectos de la acción de la élite española de Buenos Aires (1890-1920)", *Estudios Migratorios Lationamericanos* n° 6-7, CEMLA, 1987, pp. 291-307.

<sup>19</sup> La Asociación, o Liga, Patriótica se había planeado a raíz de unos incidentes que, en enero de 1896, habían enfrentado a manifestantes bonaerenses procubanos con algunos socios del Club Español; véase Carmen Adams Fernández, *La América Distorsionada. Una visión española de finales del siglo XIX*, Universidad de Oviedo, Servicio de Publicaciones, 1999, pp. 116-117. El razonamiento de la supuesta soledad, y de la animadversión del entorno, no era del todo novedoso. De hecho, cuando a mediados de siglo XIX salgan a la calle los primeros periódicos españoles lo harán, entre otras funciones, para disponer de un medio con el cual contestar a los aspectos injuriosos e insultantes hacia España en la política argentina; véase José C. Moya, *Cousins and Strangers*, pp. 279-281.

voces proespañolas, que convierte en insostenible el argumento. Con todo, lo sostuvieron. A fin de cuentas, el desamparo engrandecía, hacía más evidente, para los gestores de la identidad, el patrimonio histórico-moral que se suponía había acumulado España<sup>20</sup>. En fin, respondiese a circunstancias objetivas, o fuese el resultado de un cierto grado de alucinación colectiva, la conciencia de la propia soledad es el cimiento, la base sobre la que se construye el repertorio de mitos que darán consistencia al españolismo de guerra. Soledad que se hace más dura en la medida que enfrente se tiene a un coloso. Uno de los artificios más habituales consistió en contraponer los rasgos definitorios de los Estados Unidos de América y los de España; una contraposición que adquiriría, en su formulación última, el perfil de un choque entre dinero y valores. *Esa opulenta y audaz Norte América se olvida que sus dollars son susceptibles de consumirse, en tanto que el valor, la constancia y la sangre de un pueblo orgulloso por raza, heroico en batallas extrañas, bravo en millares de guerras, prole auténtica de Viriatos, eso no se consume nunca*<sup>21</sup>.

La opulencia norteamericana no era interpretada como el fruto legítimo de la competencia sana, sino como el resultado de combinar la ambición y la rapacidad con la perfidia y la falta de sentido moral. Esa ambición les ha llevado a *arrojar el guante*. El reto, que de eso se está escribiendo, ha sido recogido por España *con la serenidad y la entereza del que, fuerte en su razón y su derecho, defiende el honor sin ceder a la fuerza ni medir el peligro*<sup>22</sup>. No se trata de inconsciencia, dirán. Es el temple, la tenacidad, el valor indomable de ese pueblo de Viriatos al que se aludía anteriormente. La gloria y la honra son acaso los conceptos más reiterados a la hora de explicar la voluntad de resistir el embate del ciclopeo enemigo. El orgullo mostrado por el supuesto carácter indomable de los españoles —la confusión entre España y españoles, o la personificación de España, es constante— tenía, es cierto, una fuerte coloración arcaizante. Pero es precisamente eso lo que se activa.

No deja de resultar paradójico que unos emigrantes que habían elegido reconstruir sus biografías en un contexto meritocrático reconociesen como factor altamente valorativo de su nacionalidad aquello que, cuando tras el Desastre alcancen el estadio regeneracionista, presentarán como la causa de todos sus males. Quisiera insistir en esta exaltación entusiástica, aunque puntual, de valores arcaizantes. Unos valores que los cuadros intelectuales y los periodistas más conspicuos de la colectividad tendían a despreciar en otros momentos en nombre del espíritu de modernidad, de empresa, de libre iniciativa que contenía la opción migratoria. Esos mismos pioneros del espíritu moderno, en un momento de crisis se reconocían en España, *la nación de las grandes tradiciones, el pueblo de la hidalguía, de la caballerosidad y del heroísmo*; una patria vieja, grande y noble.<sup>23</sup> También una nación de valientes. Un recurso habitual, como en el caso de la prensa peninsular, era el de la asimilación de España con el león:

<sup>20</sup> *La Censura*, Periódico de Guante Blanco Satírico e Independiente, Rosario de Santa Fe, 22.VIII.1898, p. 4, "España y Estados Unidos. La actitud de las potencias".

<sup>21</sup> *La Censura*, 25.IV.1898, pp. 5-6.

<sup>22</sup> Estas citas corresponden al manifiesto aprobado por la Liga Patriótica en el Centro Español de Rosario. *El Municipio*, Rosario, 19.IV.1898.

<sup>23</sup> *La Censura*, 2.V.1898, pp. 4-5, "España en su puesto". *Ibid.*, 4.VII.1898, pp. 3-4.

Despierta noble España, león bravo,  
eriza tu melena  
ruge feroz, y al tigre y a la hiena,  
en el bosque enseña,  
*tu solo ser el rey, ellos esclavos*<sup>24</sup>

mientras que a los Estados Unidos se les simboliza, reiteradamente, con un cerdo<sup>25</sup>.

La soledad y la valentía, el coraje frente a la potencia agresora, unifican el tejido social. La patria es, todavía en esos meses y para el grueso de las élites rectoras y de los creadores de opinión de la colectividad, un símbolo cohesionador de todos los españoles, residan donde residan y pertenezcan a la clase social que sea: *¡Ah, España, España! ¡Cómo te aman tus hijos! ¡Qué fusión social! El rico banquero y el obrero, la matrona y la modesta operaria de los talleres de tejidos, el burdo mozo de cuerda, el elegante empleado de banco, el dependiente de tienda, el secretario de la legación, ¡Viva España! por aquí, ¡Viva España! por allá, lágrimas de emoción, protestas furibundas, anatemas, brazos amenazadores, ojos relampagueantes; todas las discusiones arribando á un solo punto: —¡Guerra a los yankees! Guerra, guerra y guerra!*<sup>26</sup> Es el mismo vocablo España el que, repetido hasta la saciedad, se considera una palabra ideal, incluso un ideal hecho verbo transparente, capaz de conmover a todos los hijos de la raza latina. El juego de palabras se impone, no en vano *El nombre de España es sonoro, argentino, sugestivo á todos los oídos de la raza latina*<sup>27</sup>.

La historia es, en esos momentos, pieza clave en la agitación de las conciencias. Si España se sustantiviza, y se explica en su soledad y su bravura, es en y gracias a su pasado. En una trayectoria en la que destaca en lugar destacado el recuerdo de 1808. La coincidencia de la celebración de los noventa años de la revuelta del 2 de mayo, con la entrada en el tramo final del conflicto hispanonorteamericano, permite glosar la misma como la fecha fundacional de la nación moderna al tiempo que el episodio en el que se pusieron de manifiesto las virtudes inmarcesibles de la raza<sup>28</sup>. El 2 de mayo era un eslabón más en la larga lucha de los españoles por su libertad. La cadena era muy larga, y se solía presentar, en Argentina como en España, como una larga nómina de resistencias a las agresiones externas. Una lista que empezaba en Sagunto y Numancia, en Castuñón y Astapa. En la resistencia a la romanización se asentaba una trayectoria milenaria en la que tomarán parte los grandes conquistadores, los evangelizadores y forjadores de nuevos mundos. Desde Rosario o Buenos Aires, reclamarse herederos de Gonzalo de Córdoba, Hernán Cortés, Pizarro y tantos otros patricios, que pasearon las armas victoriosos por el viejo y el nuevo mundo, haciendo tremolar en todas partes el pendón glorioso de Castilla, tenía un componente añadido.

En momentos en que la República Argentina se encuentra en una fase de institucionalización avanzada, cuando se ha dotado de un panteón propio de glorias

<sup>24</sup> *La Censura*, 23.V.1898, pp. 8-9. "A España", por J. M. Izquierdo.

<sup>25</sup> Sebastián Balfour, "The Lion and the Pig": Nationalism and National Identity in *Fin-de-Siècle Spain*, en Clare Mar-Molinero y Angel Smith (ed.), *Nationalism and the Nation in the Iberian Peninsula. Competing and Conflicting Identities*. Oxford, Berg, 1996, pp. 107-117.

<sup>26</sup> *La Censura*, 25.IV.1898, p. 7.

<sup>27</sup> *La Censura*, 25.IV.1898, p. 7.

<sup>28</sup> *La Censura*, 2.V.1898, p. 4.

nacionales en el que ocupan, como es lógico, un lugar central los prohombres de la independencia, cuando aparecen en su vida política, fruto de la confianza en las propias fuerzas nacionales, hombres como el presidente Julio Argentino Roca dispuestos no ya a pacificar sino a recuperar parte del legado hispánico, aunque fuese para matizar las aportaciones étnicas plurales fruto de la inmigración, justo entonces, en el interior de la colonia española un sector decisivo de los periodistas e intelectuales que la integran rememoran los tiempos de la conquista. Las grandes empresas pasadas son el signo de su identidad. Es aquello que puede contraponerse, con ciertas garantías de éxito, a los Estados Unidos: los conquistadores y, en el tramo final de una guerra cubana que adquiere inequívocos perfiles navales, los navegantes, marineros como Méndez Núñez, Miguel Lobo, Pezuela, Balcarce, Churruca, Alvargonzález, Gravina, Antequera, Patera y *tantos otros que sabrán hacerse dignos de sus tradiciones*<sup>29</sup>.

De lo chocante que resultaba hasta la fecha el uso de esos referentes histórico-nacionales nos da una muestra el rápido abandono de este tipo de razonamientos e incluso el proceder a aconsejar a los demás, en este caso a los argentinos, que no cayesen en la trampa. *La Censura* tendrá ocasión de ponerlo de manifiesto con motivo del aniversario de la Revolución de Mayo, correspondiente al año 1899. Después de asociarse al pueblo argentino —*nuestra segunda patria*— en la celebración del glorioso aniversario, advierte de que en la confrontación se las tuvieron *contra una de las naciones más valerosas de la tierra*, para pasar a continuación a recomendar a los argentinos que no se dejen seducir por el recuerdo y el atractivo épico *de las batallas y de los tumultos populares*. No está nada mal que en las mismas páginas donde justo un año antes se evocaban laudatoriamente los altercados del 2 de mayo se recordase ahora, cuando la fiesta nacional era la argentina, que *también hay combates heroicos, grandiosos para aherrojar libertades y esclavizar y conquistar pueblos enteros*, que el amor a la patria no es sólo disposición a combatir y a dar la vida por ella, sino asidua e inteligente dedicación a la vida privada; que es conveniente, en fin, para el progreso de las naciones la armonía entre la integridad ideal de la soberanía exterior y la cohesión interna. Ésta última fórmula respondía a un muy interesante ejercicio de definición de la nación. La fuente sobre la que en esta ocasión se procede a analizar el hecho nacional son las *leyes permanentes de la evolución universal*. El paradigma positivista sustituye al romántico, y las consideraciones pasan a hacerse a una nación *fundada bajo el principio de los derechos del hombre, destinada a engrandecerse y ser feliz al favor de la libertad*. El resultado es una definición organicista de la nación. Son esas leyes de la evolución las que dictaminan que *toda Nación que ha llegado a ser un organismo individual y perpétuo, se convierte en una patria; esta es una personalidad conjunta y compleja, a la vez que una unidad indestructible; ella tiene como el hombre individual, su ley moral suprema; y en el lenguaje práctico de las leyes y de las gentes, toda patria comprende dos sentidos claros y*

<sup>29</sup> *La Censura*, 9.V.1898, pp. 3-4, "¡2 de Mayo de 1808!" Firmaba el artículo Emilio L. Rodríguez, español y director del periódico. La biografía de Rodríguez es bastante singular. *Jefe de Policía de ciudades importantes como Sevilla, Cádiz, Murcia, Granada y otras, y Secretario particular del ministro Villaverde. Fué redactor de El Globo; y fundó el periódico Cartas Conservadoras que defendía la política de don Francisco Silveira. - Allá por el año 1894 vino al país sin más capital que un mundo de ideas, inteligencia y afán de trabajo. Nombrado secretario en el Ferrocarril Central Oeste Santafesino, pasó después de Contable a la sección Vías y Obras; véase la necrología en La Censura, 18.VI.1900, p. 8.*

*distintos: el que afecta á la integridad y decoro con relación á las demás naciones, y el que se refiere con su constitución, su sociabilidad, su libertad y su decoro interior.* Es en este segundo orden donde los próceres de la colectividad española tienden a incidir. Siempre tímidamente y tras haber dado por supuesto el primero de los aspectos: la soberanía nacional argentina. Es en el interior de este espacio soberano donde se han de crear espacios de relación que permitan operar con todas las garantías a los hombres que, procedentes de otros países, hayan recalado en él<sup>30</sup>.

El salto es espectacular. Tras haber sostenido argumentos organicistas e historicistas, los medios que estamos analizando no tuvieron empacho en pasarse a razonamientos contractuales al tiempo que alentaban las operaciones que desde el *establishment* político argentino se intentaban a fin de normalizar en plenitud las relaciones de todo tipo con España. En particular se aplaudió la iniciativa de revisión del himno nacional que partió del presidente Roca<sup>31</sup>. Precisamente a propósito del himno se produjo la única nota verdaderamente discordante en lo que venía siendo la línea editorial de *La Censura*. Posiblemente ello sea debido, también, a que el director habitual empezaba a dejar paso, si no lo había hecho totalmente, a nuevas voces en el seno de la redacción. Era ésta quien, el 9 de abril de 1900 firmaba el único texto genuinamente cosmopolita aparecido en este periódico: *El himno y «La República»*. Se trata, obligado es advertirlo, del periódico *La República*, el diario que, según la redacción de *La Censura*, *engendró la bilis hispanofoba*. Cuando de combatir al nacionalismo argentino en su variante antiespañola se trata es cuando puede afirmarse que las patrias y los dioses son *abstracciones puramente metafísicas*. Y cuando, incluso, puede ensayarse una lectura clasista de las fracturas reales que segmentan a la humanidad: *Hoy la patria existe en todas partes; el rico halla con su dinero buen confort por doquiera, mientras que el pobre halla la expoliación adonde pise; luego no hay diferencia en las tierras... La patria debe ser la Humanidad entera; y el día que lo sea, que lo será, no habrá, por lo tanto, más temores de guerras, que es la consecuencia directa de las patrias, y todos seremos humanos —que es lo que se ha de ser antes que todo— y no argentinos, españoles, chilenos, yanquis, ingleses o boers...* Sorprendente afirmación para unos lectores que, como mínimo en los dos años anteriores, habían disfrutado de toda la gama de recursos retóricos propios del más acendrado patriotismo. Ahora, cuando de lo que se trata es de apoyar las iniciativas oficiales tendentes a eliminar del himno nacional argentino las estrofas ofensivas para con España, apelan al cosmopolitismo y a la solidaridad entre los pueblos: *El español merece, no el consuelo, sino la mano franca y fraternal del argentino: los dos son compañeros ante la humanidad*<sup>32</sup>. Finalmente, también en Argentina los nacionalistas suelen ser siempre los otros.

En términos prácticos toda esta retórica significaba la aceptación inequívoca de la República Argentina, desde la no renuncia a la patria primigenia y en la confianza de que se les permitiese participar en el diseño de la gestión local. Ante la posibilidad que el Gobierno de la Provincia de Santa Fe hiciese extensivo el derecho de voto a los extranjeros en los comicios municipales, *La Censura* formulaba el siguiente comentario: *Si*

<sup>30</sup> *La Censura*, 22.V.1899, pp. 7-8, "25 de mayo de 1810".

<sup>31</sup> *La Censura*, 5.VI.1899, p. 10, "La revisión del himno".

<sup>32</sup> *La Censura*, 9.IV.1900, p. 9.

hemos de seguir las altas inspiraciones de Alberdi, de que el derecho de elegir los poderes comunales –poderes que carecen de facultades políticas– no puede ser privativo de los ciudadanos exclusivamente, en países cosmopolitas como éste, máxime en esta Provincia donde tanto predomina el elemento extranjero, y que por consecuencia tanto contribuye á los gastos que importan las pesadas gabelas de todo género que se imponen á sus habitantes. La advocación de Alberdi, en particular de sus *Elementos de Derecho Público Provincial Argentino*, y la aseveración que el hecho de pagar impuestos ha de complementarse con la capacidad de decidir quien los gestiona serán dos argumentos recurrentes. Siempre, no obstante, limitados al gobierno del municipio, ya que en este caso, entienden, *no se ejerce acto de soberanía de ningún género, sino una facultad nacida de la naturaleza misma de los deberes que van anexos al título de vecino de una comuna*<sup>33</sup>.

### La regeneración de la patria de patrias

El 2 de julio de 1903 aparecía en Buenos Aires el primer número de *España*, revista semanal de la Asociación Patriótica Española. Hacía siete años que la Patriótica había nacido con el consenso de la mayor parte de las sociedades españolas, las culturales y las asistenciales, las regionales y las nacionales, las de naturaleza gremial y las que reunían a los más granado de las élites españolas. A lo largo de su trayectoria había desarrollado diversas iniciativas, tanto durante como después del conflicto. La gama incluía desde peticiones y gestiones frente a las autoridades locales, hasta colectas para la recaudación de fondos, destinados primero a sufragar un cruceo para la Armada española, el *Río de la Plata*, y más tarde a socorrer a compatriotas en apuros. Un lugar destacado ocuparon las fiestas. Desde siempre los dirigentes de la colectividad habían considerado las fiestas españolas, tanto las que se celebraban en locales cerrados como aquellas que tenían lugar a cielo abierto, como un lugar en el que recordar. Para empezar, los sones de la gaita y del tamboril, de las castañuelas y la pandereta; sones que en un prado o en un salón convenientemente decorado transportaban *por arte mágico a mi país natal*<sup>34</sup>. No tiene nada de excepcional, pues, que los líderes de la Patriótica, al fin y al cabo cuadros más o menos veteranos del asociacionismo étnico, decidieran asumir el plural bagaje de romerías, veladas y bailes en locales cerrados.

De todas las empresas de la Asociación Patriótica Española, la que más decididamente estaba pensada para dotar de un corpus sólido de teoría nacional a los coterráneos residentes en Argentina, era el periódico *España*. La publicación, que asumía el lema *Todo por la Patria y para la Patria* nacía, según se exponía en ese mismo número, en uno de los momentos más críticos de la historia de España. Ciertamente o no, lo seguro es que ese diagnóstico era ampliamente compartido entre los medios más activos, y visibles, del entramado asociativo español en Argentina. Acaso por eso, *España* arrancaba con el propósito de dar noticia de las actividades de la Patriótica, y de sistematizar, teniendo en cuenta los materiales que ya habían cuajado en el período de la confrontación militar con

---

<sup>33</sup> *La Censura*, 11.IV.1898, p.4, "El voto municipal al extranjero", por Fray Bentos. También 25.IV.1898, p. 9, y 2.VV.1898, p. 5.

<sup>34</sup> *La Censura*, 16.X.1899, pp. 12-13, "Recuerdos del terruño".

los Estados Unidos, un cuerpo de doctrina españolista que fuese operativo en Argentina y que cooperase en la tarea nacional por excelencia: la de la regeneración.

Los campos de intervención doctrinal quedaron muy rápidamente perfilados. No aludiré, en estas páginas, al análisis que hacen del fenómeno migratorio o a la defensa de los intereses del comercio español, aunque como resulta previsible dedicasen a ambas cuestiones buena parte del espacio disponible. Apuntaré, tan solo, que en general y por lo que se refiere al primero de los problemas, los comentarios abundan en el llamado a los futuros emigrantes para que se impliquen con España.

Cuando *España* sale a la calle la nación sufre, por así decir, el impacto de dos ácidos corrosivos que pueden acabar con su fortaleza. Por un lado, el estado de postración anímica provocado por las derrotas coloniales; por el otro, la eclosión de los nacionalismos catalán y vasco, y en menor medida el galleguismo. Poetas y ensayistas se ocuparán del primero. Gaspar Núñez de Arce dedicará una poesía inédita, *Lamento*, a la colonia española de la República Argentina<sup>35</sup>. Es un poema que, tras poner el énfasis en la situación de desgracia de España, acaba:

Mas no el furor con que la suerte injusta  
descarga en tí sus formidables golpes,  
tu fe aniquile y tu valor apague.  
El dolor purifica y fortalece:  
Lucha, sufre y resiste, que algún día,  
del sino de tu larga desventura  
*surgirás más gloriosa ¡Oh, madre España!*

El león retoma la condición de madre<sup>36</sup>. La España doliente alumbrará nuevas glorias. Esta es una fórmula recurrente que, a aquellos que sentían la desdicha nacional, parecía consolar. Algo más compleja se presenta la cuestión regionalista. De manera insistente se ha informado a los lectores argentinos de la radicalidad de alguna de las manifestaciones catalanistas que tenían lugar en Barcelona<sup>37</sup>. Los efectos también se han hecho notar en la Argentina. En el seno de la colectividad está haciendo estragos la politización de la etnicidad regional. Desde una mirada estrictamente societaria la potenciación de estrategias asociativas localistas podrá verse más como una suma que como una resta, pero no son pocos los publicistas españoles que perciben en ese naciona-

<sup>35</sup> *España*, 2.I.1904, p. 12.

<sup>36</sup> Otro ejemplo de España-madre, en *España*, 2. I. 1904, p. 27, "A la patria", de Manuel de Palacio. Existe una persistente caricatura catalanista a propósito de la España-mujer. A manera de ejemplo puede reproducirse el comentario del catalanista Gabriel Alomar, al recordar la guerra colonial que España había sostenido a mediados del siglo XIX: «La faria l'*España*, aquella *España*, matrona opulenta i greixosa, qui ja en els temps clàssics apareixia coronada con unas torres y con un castillo en la mano, com en *La Numancia* de Cervantes o la *Castilla* de la Reina Catòlica, que el mateix Cervantes representa, a *La casa de los celos*, con un león en una mano y en la otra un castillo. La feminitat adorada de la reina, el seu espanyolisme de *maja*, el seu nom, qui recordava la falsíssima llegenda de la primera Isabel, tot ajudava a l'èxit». El texto, publicado en *El Poble Català*, 11.XI.1905, ha sido reproducido en G. Alomar, *El futurisme. Articles d'El Poble Català (1904-1906)*, Obres completes II, Mallorca, Moll, 2000, p. 202.

<sup>37</sup> Véase, por ejemplo, *El Municipio*, Rosario, 14, 15, 16, 23, 26 y 27.XI.1901; 20.II.1902 y 8 y 10.V.1902.

lismo alternativo un fraccionalismo insolidario que amenaza con romper la colectividad<sup>38</sup>.

Pues bien, *España* intentará contribuir a la regulación de esos amores, de esas filiaciones plurales. El objetivo de la Patriótica será el de continuar haciendo compatibles, como lo habían sido hasta la emergencia del nacionalismo, la identidad local, regional y nacional. También en el primer número de la revista se reproducía un discurso de Juan Valera que resulta de todo punto ejemplar: *La raza de hombres, reducida á unidad desde hace siglos, el habla común con que la raza se reconoce y distingue y el mismo suelo en que por amalgama y cruzamiento de diferentes pueblos y tribus, se ha formado, ha crecido y ha prosperado dicha raza, son la causa y el objeto de nuestro amor patrio. Lo que ocurre a comienzos del siglo XX, según advierte Valera, es que deben hacerse compatibles el afecto por la patria grande y por la chica: Es menester amar con toda el alma la provincia, la ciudad natal, la aldea y hasta la casa ó la choza en que nacimos, para dilatar luego este amor y hacerle fecundo, difundiéndole sobre cuantas regiones forman ó formaron la patria á que pertenecemos y sobre cuantos hombres la habitaron ó la habitan*<sup>39</sup>.

Es cierto que en las páginas de *España* se publicaron artículos que compartiendo el diagnóstico difirieron en la terapia, pero de una lectura atenta de sus páginas se colige que la intención determinante en el proyecto de la revista fue la de avanzar en la propuesta que formulaba Valera: renovar el sentimiento nacional asumiendo, como se tenía ya larga experiencia en Argentina de ello<sup>40</sup>, que ése era un sentimiento complejo, que acumulaba diversos niveles, y que debía contemplarlos todos ellos. Gonzalo Segovia, presidente de la Asociación en 1904 y colaborador habitual de la revista, podía, tras hacer un repaso al entramado de sociedades españolas, sostener: *El amor á la región es indispensable para que el amor á la patria sea vivo é incondicional; no puede separarse la parte del todo. sin que aquello sufra en primer lugar y el magnífico nombre de español es la bandera que cobija con honra indiscutible á los que ostentan, como apellido nobiliario, el calificativo de catalán, aragonés, gallego, andaluz, valenciano, etc. Honra y no pequeña es proceder de regiones ilustres, honra que se acrecienta con la unión de todas las regiones amparadas bajo el manto rojo y amarillo de la patria común*<sup>41</sup>. De hecho, lo que plantea Segovia es un discurso común en esos momentos: el carácter concéntrico de la vida societaria española en la Argentina es una metáfora de la España posible y deseable.

<sup>38</sup> **La República Española**, Buenos Aires, 1.V.1904, p.1. J. C. Moya. **Cousins and Strangers**, pp. 291 y 293 y ss. Ángel Duarte. **La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1919)**, Lleida, Milenio Minor, 1998, pp. 180-182.

<sup>39</sup> *España*, 2.VII.1903, pp. 7-8.

<sup>40</sup> No sólo en las estructuras asociativas. También en las fiestas y encuentros colectivos. Entre el 7 de diciembre de 1897 y el 6 de enero de 1898 habían tenido lugar las fiestas más importantes organizadas por la colonia dentro de la campaña de recogida de fondos para el *Río de la Plata*. La estructura que adoptó el viento fue circular. Los límites del espacio lo marcaban los diversos pabellones regionales en lo que se amenizaba al visitante con comidas, bebidas y canciones propias de la tierra. Cada uno de esos pabellones contaba con una fachada que evocaba los rasgos identificatorios de lo regional: el modernismo catalán, la barraca valenciana... La descripción y fotos de los pabellones aragonés, valenciano, vasco y gallego en *España*, 2.I.1904, pp. 8-9. La de los pabellones asturiano y catalán en *ibid.*, 16.I.1904, p. 8.

<sup>41</sup> *España*, 16.VIII.1903, pp. 4-5, "Los españoles en Argentina".

A partir de septiembre de 1903, *España* incluirá una serie de artículos destinados a evocar esas patrias chicas. En algunos casos, la evocación resultará de lo más tópica. Es el caso de José Aracil Caro, cuando define Andalucía como *Tierra rebosante de alegría. Pedazo de la patria común en el que la naturaleza, derrochando gracias á manos llenas y vistiendo sus mejores galas, cubre los campos de múltiples flores que al abrir sus corolas de variados matices, envían al sol inapreciables tesoros de fragancia como rendida y justísima prueba de agradecimiento, por el incomparable bien y la impagable distinción que reciben de ser acariciadas por rayos de luz de eterna primavera*<sup>42</sup>. Pero no por tópica será la suya una remembranza menos efectiva, de cara a los lectores de la revista, que la que ensaya Miguel de Unamuno a propósito del paisaje de la niñez: *Para mí la patria, en el sentido más concreto de esta palabra, la patria sensitiva –por oposición á la intelectual ó, aún, sentimental– la de campanario, la patria, no ya chica, sino menos que chica, la que podemos abarcar de una mirada, como puedo abarcar á Bilbao todo desde muchas de las alturas que le circundan, esa patria es el ámbito de la niñez, y sólo en cuanto me evoca la niñez y me hace vivir en ella y bañarme en sus recuerdos, tiene valor. Más desazonadoras que estas elucubraciones debían resultar para los lectores de *España*, como mínimo pensando en sus hijos: *No pueden sentir á la patria aquellos á quienes sus padres les trajeron de la ceca á la meca cuando eran niños los así asenderados*<sup>43</sup>.*

Dentro de esa tónica general de articular una España, nación y patria de patrias, el portavoz de la Asociación Patriótica publicó con relativa insistencia artículos y sueltos encaminados a reclamar diálogo y conocimiento mutuo. El intelectual madrileño Antonio Zozaya era asimilado a la nómina de firmas al reclamar, tras haber contemplado extasiado una representación de *La festa del blat* del dramaturgo catalán Àngel Guimerà, que el teatro catalán vaya a Madrid para romper suspicacias y prejuicios. Zozaya formulaba un «no» contundente al separatismo, pero un «sí» igual de firme a la reivindicación de lo propio y al desarrollo del conocimiento mutuo. Todo ello muy del gusto de *España*<sup>44</sup>. Tan del gusto como para que diese cabida a artículos en los que se llegaba a reivindicar una nación con dos lenguas, la castellana y la catalana; y como el autor era un veterano republicano, para que incluso se sostuviese la idoneidad de un modelo que haría más fácil la integración de Portugal al no ver amenazado su idioma. El artículo en cuestión salió de la pluma de Carlos Malagarriga, *catalán, al querer á Cataluña en ella quiero a España*. El tipo de razonamiento que sostendrá Malagarriga se sostiene sobre un juego de espejos. Cataluña acaso pudo ser, pero hoy en día no cabe, para ella, otra hipótesis que España. El castellano acaso se hubiese podido imponer, si por ejemplo el servicio militar obligatorio hubiese sido tal, pero ya no lo podrá hacer. Ha pasado el tiempo de las evocaciones románticas y el de las imposiciones uniformizadoras<sup>45</sup>.

América, la empresa americana de España, podía ser no ya un lenitivo al problema de los sentimientos identitarios encontrados, sino *un ideal común* que, al tiempo que

<sup>42</sup> *España*, 23.IX.1903, pp. 3-4, "Mi tierra".

<sup>43</sup> *España*, 23.X.1903, pp. 1-3. En *España*, 2.I.1904, p. 22, se publicó el poema de Vicente Nicolau Roig, "Valencia"; un modelo poético de este tipo de evocación concéntrica de las patrias.

<sup>44</sup> *España*, 23.XII.1903, pp. 4-5, "A casa la mare". Para Zozaya, véase María Zozaya Montes, «Trayectoria de un intelectual madrileño olvidado: Antonio Zozaya y You», *Ferrán* nº 19, Revista del IES Jaime Ferrán, Collado-Villalba (Madrid), mayo de 2000, pp. 205-226.

<sup>45</sup> *España*, 2.I.1904, p. 14, "Mi España \* Mi Cataluña".

reintegraba a los emigrantes en España, se imponía en las distintas regiones y las hacía partícipes de un horizonte compartido<sup>46</sup>. Para ello convenía preservar la unidad de la lengua. En el primer ejemplar de la publicación se incluía un fragmento del prólogo que Estanislao Zeballos había escrito para el libro de Ricardo Monner Sans, *Notas al castellano en la Argentina*<sup>47</sup>. La elección no era inocente. Monner y Zeballos denuncian los procesos de corrupción lingüística que se registraban en Argentina, y en general en el conjunto de la América hispana, como resultado de una *mal entendida* independencia de la autoridad académica<sup>48</sup>.

### Siempre, una nación sin territorio

El idioma y los recuerdos, las empresas del porvenir y las metáforas del pasado, eso era la patria que los intelectuales de la colectividad española acertaban a construir. Tanto el cuerpo de alegorías y de la narración apologética operativa en tiempos de guerra, como la preocupación por el fenómeno regional y el empeño por cohesionar el rompecabezas identitario español en los momentos posteriores a 1898, compartían un rasgo común: la territorialidad estrictamente simbólica de la patria.

El proceso gracias al cual tuvo lugar la mitificación de la patria estuvo estrechamente asociado a la percepción de la distancia creciente en que el expatriado se hallaba respecto de aquella: *Si os agrada contemplar obras de arte, habéis de haber notado que el alejamiento las favorece: miradas de cerca, hay muchas, de las pictóricas, por ejemplo, que no parecen sino un conjunto de chafarrinones...; a medida que uno va alejándose, las imperfecciones se aminoran, se esfuman, desaparecen: el ideal artístico brilla netamente. (...) Pues, con la Patria sucede lo mismo: cerca de ella, dentro de ella, ¿qué es? A la pregunta, respondía Infante, el autor de estas líneas: Unas tierras, que a veces son áridas, son estériles, y unos hombres, en ocasiones, sucios, mal educados, ignorantes, viciosos en su mayor número: todos los chafarrinones de los hombres y de las tierras son vistos; dan en rostro. La conclusión era inevitable: Pero...de lejos, ¡ah! de lejos... ¡¡quién fuese poeta!*<sup>49</sup>

A la patria mitificada se la quiere *aunque cueste rubor el decirlo* más que a la propia madre. Ésta no podía competir con *esa entelequia, (...) esa pura idea, que no se halla en parte alguna si, en detenido análisis, vamos separando grano por grano la tierra, y hombre por hombre la gente, y que llamamos Patria*<sup>50</sup>. La patria es, pues,

<sup>46</sup> España, 2.VII.1903, pp. 8-9, "España potencia americana". El artículo, del republicano catalán Carlos Malagarriga, se abre con una cita inicial de Ángel Ganivet.

<sup>47</sup> Ricardo Monner Sans, *Notas al castellano en la Argentina*, Buenos Aires, Imp. Carlos Parral, 1903. España, 2.VII.1903, pp. 3-5. Sandra Fernández y Gabriela Dalla Corte, *El límite jurisdiccional de la corporación académica: Ricardo Monner Sans y los debates entre usos y leyes en la lengua argentina* (mimeo).

<sup>48</sup> Más artículos en España, 9.VIII.1903, pp. 5-7, "La evolución del castellano en América. Tirios y troyanos".

<sup>49</sup> J. Daniel Infante, *¡¡Por España!! Reflexiones de un reexpatriado*, Madrid, Editorial Reus, 1920, p. 12. Existen muchos y muy diversos relatos en los que el exilado relata la última visión de la patria. Por poner un ejemplo, para los primeros años 1940, podríamos citar la carta con la que Antoni M. Sbert, antiguo dirigente de la FUE.

<sup>50</sup> J. Daniel Infante, *¡¡Por España!!*, cit., p. 13.

incorpórea, casi una alucinación. Pero omnipresente. Como mínimo hasta que, como hicieron algunos emigrantes, se cambia por otra.

En un fragmento del *Canto a la Patria* del ya citado Gonzalo Segovia, correspondiente al discurso pronunciado en el Círculo Gallego con motivo del 2 de Mayo, se leía una fórmula similar: *La patria, esa abstracción querida, esa entidad real, generadora eterna de grandes hechos y de supremas abnegaciones, esa divinidad, múltiple y universal, anterior y posterior á todas las teogonías, no es una mezquina extensión de territorio que sólo en pequeña parte conocemos, no es un estrecho perímetro geográfico determinado sin la intervención de nuestra voluntad por la altura de una cordillera ó por la profundidad de un río, por un enlace regio ó una invasión victoriosa, no; la patria, es algo más. Y ese valor añadido le dimana de su condición de agregado de recuerdos, de afectos y de aspiraciones. Un agregado que mediante la sencilla operación de condensar los tiempos pasados, y ahí la historia resulta mucho más operativa que la geografía, permite identificar a los españoles, a todos ellos, con sucesos ya pasados, que establecen cierta solidaridad instintiva, poderosa, inquebrantable, entre los miembros de una familia social, y que en España, en esa tierra sagrada de España, nos hace mirar como gloria nuestra, propia nuestra, la resolución homérica de Pelayo, la soberbia epopeya del Cid, la fiera entereza de Guzmán el Bueno, los laureles de San Quintín y de Lepanto, el talento creador de Cervantes, el estro satírico de Quevedo, la vena fecunda de Lope de Vega, la inspiración mística de Santa Teresa de Jesús, y el numen y la ciencia y el denuedo de esa interminable serie de poetas, de sabios y de héroes, cuya memoria nos enorgullece, cuya alta celebridad llena los ámbitos el mundo, y sobre cuyos nombres augustos, tiende solícita sus alas protectoras el angel de la inmortalidad. ¡Esa es la Patria!*<sup>51</sup>

### A modo de conclusión provisoria

En los albores del siglo XX la colectividad española establecida en la Argentina contó con un núcleo relativamente sólido, aunque modesto en su ambición y en su proyección, de intelectuales. Hombres de letras, periodistas, pedagogos y abogados, de procedencia regional diversa y con muy distintos niveles de éxito en la empresa migratoria, mostraron una decidida voluntad programática. Querían, todos ellos y mediante plataformas compartidas, dotar a la comunidad de inmigrantes, de un sentido preciso de afinidad y de unos proyectos comunes a sostener sobre ese común pilar identitario. En otras palabras, esos medios intelectuales, conformados en el agregado de las sucesivas oleadas migratorias, intentaron, con posterioridad a 1898, codificar un discurso patriótico que entroncara con el nacionalismo al uso en España y que, al mismo tiempo, interaccionara activamente con la hispanofilia argentina de los años previos al Centenario.

Lo primero, la sintonía con los enfoques y las problemáticas peninsulares, resultó mucho más cómodo y factible que lo segundo, la interacción con lo argentino. Antonio Atienza Medrano y la nómina de colaboradores, emigrados o no, que consiguió reunir en

<sup>51</sup> España. 9.V.1904, pp. 1-3.

las páginas de *España*, ensayaron, con escaso éxito a mi entender, una relación dialéctica entre la cultura política española y la cultura americana. Con escaso éxito a la larga, aunque pudiera ser que algunos de los interlocutores rioplatenses quedaran circunstancialmente prendados por las propuestas hispanizantes. En rigor, si los resultados fueron de corto alcance, tanto en lo que se refiere al auditorio argentino como al español, es por una combinación de razones generales y otras muy coyunturales. Entre las primeras debería recordarse que la mayor parte de los hombres de letras españoles nunca consiguieron desprenderse de esa tendencia dominante en la cultura peninsular, como mínimo hasta 1939, a la españolización de la América independiente. Así mismo habría que tener presente el hecho que las plataformas de creación intelectual española incorporaron, como un argumento más, la defensa de los intereses económicos españoles, particularmente los comerciales, y un debate sobre la naturaleza de los movimientos migratorios que desatendía las conveniencias argentinas para dotar de prioridad a las ventajas e inconvenientes que la movilidad de sus ciudadanos tenía para España.

Entre los factores coyunturales que quebraron las posibilidades de reciprocidad entre intelectuales españoles y argentinos podría señalarse, por su especial relevancia, el carácter obsesivo que en la elaboración de un discurso patriótico hispánico tuvo la eclosión de los regionalismos y/o nacionalismos alternativos al español. Hago un uso consciente de la evasiva fórmula *regionalismos y/o nacionalismos*. En apretada síntesis diría que, si atendemos al núcleo duro, al corazón del catalanismo, del vasquismo o del galleguismo político contemporáneo nos hallamos ante unas culturas políticas que entienden, al mismo tiempo, que el sujeto de soberanía es la nación catalana, vasca y gallega, que la comunidad de pertenencia de cada uno de ellos es Cataluña, Euskadi o Galicia, pero que, paradójicamente y al mismo tiempo, no renuncian a intervenir, desde un concepto muy decimonónico de bilateralidad, en la reorganización de un espacio común al que se tiende a denominar simplemente España o, eso tan original, semánticamente hablando, que es el *Estado-español*. Si fijamos la atención en la primera de sus derivas estaremos contemplando movimientos de naturaleza nacionalista. Si, por el contrario, priorizamos la segunda de las perspectivas nos hallaremos ante regionalismos más o menos ambiciosos en sus proyectos políticos. No parece que los interlocutores argentinos pudieran estar interesados en interpretar unos matices que, al fin y al cabo, los propios españoles tenían, a menudo y en tanto y en cuanto estaban en pleno proceso de construcción de los mismos, dificultades importantes para localizar y, con ello, eludir las explicaciones más simplificadoras. El propósito de los regionalismos en España responde, pues, a circunstancias, épocas y trazos que no podían equipararse, más que en vanos ejercicios de estilo, con la problemática del federalismo y el unitarismo en la construcción de la nación argentina<sup>52</sup>.

Estas limitaciones, sin embargo, no dieron lugar a excesivas frustraciones entre los protagonistas de esta historia. Al fin y al cabo, codificar y activar el patriotismo español consistía en elaborar una narración que reconfortara, cohesionara y movilizara a la propia colectividad de españoles. Y que al mismo tiempo se dirigiera, sin solución de con-

<sup>52</sup> Uno de esos ejercicios de estilo es lo que puede encontrarse en la obra de ese republicano español asentado en Rosario desde finales de la década de 1880, que era J. Daniel Infante: **Unitarismo y Federación**. Rosario de Santa Fe, Est. gráf. Félix Wolfli, 1895 [1894, en el interior].

tinuidad, a las élites liberales argentinas y a los connacionales, autoridades y ciudadanía, en España. Las primeras preocupadas en esos momentos por el peso que lo hispano debe adquirir en la definición de la argentinidad novecentista, los segundos, viviendo siempre de espaldas a esa parte de la nación que reconstruía sus biografías personales y colectivas lejos de la patria, pero prestos a consumir los discursos estrictamente sentimentales que allí, en América, los españoles compusieran.